

Los nombres indígenas de la inscripción hispano-romana de Lerga (Navarra)

1. El progreso de nuestros conocimientos depende en medida nada escasa de los favores del azar que, puesto en ocasiones al servicio de una curiosidad generalmente constante y sagaz, añade nuevos materiales a los ya conocidos y aprovechados hasta el hastío. En ninguna parte es esto más cierto que en el campo de las disciplinas históricas en su sentido más amplio.

Así el testimonio de la estela funeraria de Lerga, descubierta a finales de 1960, está destinado sin duda a influir gravemente en el enjuiciamiento de varias cuestiones en que la escasez de pruebas, y su carácter indirecto cuando existían, no permitía llegar a conclusiones seguras. Por ello es más de agradecer la prontitud ejemplar con que ha sido publicada. Y no es sólo la prontitud lo que merece alabanzas: el rigor y el minucioso detalle del artículo de don Alejandro Marcos Pous, unidos a la magnífica documentación gráfica de don José Esteban Uranga, ofrecen al lector curioso bastante más de lo que éste tenía derecho a esperar en una primera noticia del descubrimiento¹.

2. Las observaciones que deseo presentar aquí, y ruego que se tenga esto muy en cuenta, tienen un alcance exclusivamente lingüístico: en lo que sigue, céltico, ibérico u otra denominación análoga se refiere exclusivamente a la lengua y a elementos de la lengua, y nunca a elementos de la cultura material o espiritual fuera de la esfera del idioma. Para indicarlo gráficamente, un celta será aquí un individuo que tiene una lengua céltica como medio principal de expresión. Se hace necesaria esta puntualización, porque es un hecho sobradamente comprobado que las relaciones entre lengua y cultura, para no hablar de raza, son mucho más laxas de lo que a veces suele pensarse².

Me limitaré, pues, a comentar la inscripción, dejando a un lado la estela misma, y más precisamente algunos elementos de la inscripción que, puesto que ésta está redactada en latín, no son otros que los antropónimos que contiene, los cuales evidentemente no son latinos. Los problemas son dos y están estrechamente relacionados entre sí, como señala muy bien el editor: la separación de los nombres propios y la atribución de éstos a una u otra lengua.

Vaya también por delante una consideración metódica de importancia fundamental. Sería absurdo ponerse a dogmatizar, dada la escasez del material. Y, por si ésta no bastara, su misma naturaleza invita a la prudencia más extremada. En efecto, los nombres propios —que estrictamente hablando no significan nada, sino que se limitan a designar— son el objeto lingüístico menos apropiado para fundar sobre ellos conclusiones sólidas: por desgracia, dentro

¹ A. MARCOS POUS, "Una nueva estela funeraria hispanorromana procedente de Lerga (Navarra)", *Príncipe de Viana* 21 (1960), p. 319-333.

² Un ejemplo clásico de culturas muy diferentes en pueblos de lengua muy próxima es el de navajos y apaches: vid. p. ej. *Les langues du monde* (París, 1952), p. 1.032. Cf. E. SAPIR, *El lenguaje* (México, 1954), p. 241 ss.

de éstos son precisamente los nombres de persona —con su movilidad, su sujeción a la moda, etc.— los de manejo más difícil³. Las inferencias que de ellos se obtengan no podrán ser, por lo tanto, más que probabilísticas. En otras palabras, un buen puñado de nombres propios no nos autoriza a emitir los juicios categóricos que tres o cuatro líneas de texto seguido fundamentarían sin trabajo.

Teniendo esto muy presente, no hay razón, sin embargo, para renunciar al examen de estos delicados materiales, bien para suplir la falta de otros o bien para complementarlos. Que este examen puede ser muy fecundo está probado más allá de cualquier duda por toda la serie de trabajos que se les vienen dedicando desde hace bastantes años.

3. No estará tampoco de más, antes de entrar en el estudio del epígrafe, decir unas palabras acerca del estado de la cuestión que por medio de él se espera aclarar. Se trata naturalmente de determinar cuál era la lengua de los antiguos vascones o, más exactamente, cuál era una de sus lenguas. Nadie discute que en los primeros siglos de la romanización se hablaran por lo menos dos lenguas en el territorio vascón; tampoco tiene nada de improbable que un estado de cosas parecido existiera ya en los tiempos inmediatamente anteriores a los comienzos de la influencia romana. La complejidad lingüística de la antigua Vasconia pudo no haber sido menor que la que nos es bien conocida de la Navarra medieval.

Si se prescinde de lenguas posibles de las que nada sabemos, hay que tener en cuenta, antes de la introducción del latín, tres lenguas o grupos de dialectos: indoeuropeo, ibérico y vasco. Las dos últimas se oponen a la primera por ser más antiguas *in situ*, según toda probabilidad, en parte de nuestra Península y en el sur de la Galia.

Qué lazo unía a las lenguas ibérica y vasca es extremo que no está bien aclarado. Parece demostrado, en todo caso, que el vasco no es un dialecto ibérico moderno por lo poco que ha facilitado hasta ahora la comprensión de las inscripciones en lengua ibérica. Entre ambos idiomas se observa, no obstante, toda una serie de coincidencias (analogías en el inventario de los fonemas y en su distribución, coincidencias y hasta identidades en los morfemas léxicos y acaso incluso en los gramaticales) que no dejan de parecer demasiado precisas para ser explicadas por la mera afinidad, nacida de la proximidad en el espacio⁴.

En cuanto a las lenguas indoeuropeas, me parece preferible atenernos a esta denominación genérica, sin especificar más en tanto que los datos no señalen inconfundiblemente otra cosa. Al tratar de la onomástica personal hispánica, que en buena parte es muy poco característica, se ha abusado a mi entender de la etiqueta de lo céltico sin razón precisa⁵. En el caso de Navarra, con todo, sería esto más razonable, dada la proximidad de la Celtiberia, ya que

³ Cf. H. KRAHE, *Ortsnamen als Geschichtsquelle* (Heidelberg, 1949), p. 10.

⁴ Abundante información sobre las lenguas prerromanas de la Península, incluida la vasca, se encuentra ahora en *Enciclopedia lingüística hispánica I* (Madrid, 1960): artículos de A. Tovar, J. Hubschmid, R. Lafon, M. Palomar Lapesa. Véase además A. TOVAR, *The Ancient Languages of Spain and Portugal* (Nueva York, 1961).

⁵ P. ej. en el libro de M. PALOMAR LAPESA, *La onomástica personal pre-latina de la antigua Lusitania* (Salamanca, 1957): remito a mi reseña en *Bol. de la R. Soc. Vascongada de Amigos del País* 15 (1959), p. 89 ss. Mucho más matizado es el estudio de U. SCHMOLL, *Die Sprachen der vorkeltischen Indogermanen Hispaniens und der Keltiberische* (Wiesbaden, 1959).

en celtibérico, bastante bien conocido, parecen descubrirse señales claras de celticismo.

4. Conviene también recordar brevemente las diferentes opiniones que se han manifestado y se manifiestan hoy todavía en torno a los límites antiguos de la lengua vasca. Es notorio que el vasco moderno es un resto casi sumergido de un grupo de idiomas que en algún momento debieron de hablarse en un ámbito mucho más extenso; hay además constancia histórica de que ese ámbito ha venido reduciéndose, con mayor o menor rapidez, digamos desde el siglo IX o X hasta nuestros días⁶. Pero de eso no se sigue que podamos postular por extrapolación un retroceso sin alternativas de avance desde diez o doce siglos antes.

Se ha pensado con toda verosimilitud que el vascuence debió ver sumamente reducidos sus dominios, hasta el punto de hallarse en trance de extinción durante los primeros siglos de nuestra era, extinción que posiblemente no llegó a consumarse a causa de la temprana descomposición de la organización imperial en esta zona. Personalmente me inclino a aceptar esta idea y también a creer que el vascuence medieval en tierras de Burgos y Logroño no se debe a la conservación ininterrumpida de la lengua antigua, sino a importación en los siglos oscuros que van del IV al X.

Pero se ha ido más lejos por ese camino al pensar, creo que desde A. Schulten⁷, que los várdulos y caristios, para no hablar de los autrigones, eran de habla indoeuropea y no tenían nada que ver en cuanto a la lengua con sus vecinos orientales, los vascones, cuya vasconidad, siquiera fuera por el nombre, no parecía lícito poner en duda. Y hay que reconocer que, aunque el valor probativo de los textos históricos aducidos es muy discutible, el testimonio de la onomástica personal, en la corta medida en que está documentada, no resulta contrario a esta idea.

El progreso, como en tantos otros puntos del conocimiento de nuestras lenguas antiguas, se debió a don Manuel Gómez-Moreno quien, en un artículo publicado en 1925⁸, hizo notar por vez primera que la antroponimia indígena atestiguada en inscripciones de época romana en Alava y Vizcaya —Guipúzcoa, como se sabe, queda casi en blanco— es de aspecto indoeuropeo, nada vasca o vascoide. Pero esto se aplicaba también a una buena parte de Navarra ("llegan estas localizaciones hasta orillas del Arga y aun hasta Pamplona") donde se descubren nombres como *Ambata*, *Betunus*, *Calaetus*, *Doitena*, *Equesus*, *Rectunus*, *Segontius*, *Viriatius*, etc.

Esto quedó confirmado con la brillante explicación debida a A. Tovar⁹ de la leyenda monetaria *ba(r)scunes*, que equiparó al *Vascones* de los textos clásicos: no sólo es evidentemente indoeuropea la flexión (nominativo de plural de un tema en consonante), sino que el nombre mismo puede recibir una etimología indoeuropea¹⁰. La lengua escrita en una comarca no se identifica

⁶ La obra clásica sobre el tema es J. CARO BAROJA, *Materiales para una historia de la lengua vasca en su relación con la latina* (Salamanca, 1945). Se ha publicado también una útil colección de trabajos de distintos autores (A. Irigaray, M. de Lecuona, etc.) con el título de *Geografía histórica de la lengua vasca (siglos XVI al XIX)*, en Zarauz, 1960.

⁷ *Rev. Intern. de los Estudios Vascos* 18 (1927), p. 225-240.

⁸ Ahora en *Misceláneas* (Madrid, 1949), p. 233 ss.

⁹ *Bol. R. Soc. Vasc. de Amigos del País* 2 (1946), p. 46 ss.

¹⁰ Conviene recordar que nunca se ha podido establecer una conexión satisfactoria entre *vasco*, etc. y el nombre indígena de la lengua vasca y de sus hablantes: *euskara*, *euskaldun*, etc. Este último se ha relacionado, no sin motivo, con el de los *Ausci* aquitanos.

necesariamente con la lengua hablada en ella¹¹, pero siempre constituye un indicio nada despreciable. Añádase además que los resultados de la afortunada exploración arqueológica del suelo navarro en estos últimos años, sorprendentes en parte, han hecho ver la importancia de la influencia indoeuropea en otros terrenos¹².

En contraste con esto, faltaban huellas indiscutibles del vascuence, la *busconea lingua* o *lingua Nauarrorum* de algunos documentos medievales. Ni *Vlbeltesonis* (lectura de Gómez-Moreno, probablemente gen.) en Oyarzun ni *Vrchatetelli* en Muruzábal de Andión, de aspecto nada indoeuropeo, resultan más claros que los teónimos *Selatse* o *Lacubegi*, ambos en dativo¹³. El penúltimo descubrimiento, la denominación ambigua en extremo de la diosa *Pere-musta*¹⁴, ha añadido más sombras que luz a un cuadro ya bastante oscuro.

"Estamos peor informados sobre la lengua de los vascones —escribe R. Lafon, uno de los mejores conocedores de la materia— que sobre la de los aquitanos"¹⁵. Son en efecto decisivos los testimonios epigráficos que establecen que en una parte de la Aquitania, con inclusión del valle de Arán, se habló una lengua que es en sustancia algo extremadamente parecido al vasco antiguo. Se ha llegado así, siguiendo a A. Martinet, a denominar éuskaro ("euskarien") al grupo lingüístico vasco-aquitano. Lo irónico del caso consiste en que, cuando no hace aun mucho se trataba de presentar el vasco de Francia como una penetración tardía desde España —no sin violentar un pasaje de Gregorio de Tours—, se ha llegado casi ahora a invertir los términos y a hacer del vasco de España un exiguo apéndice cispirenaico del aquitano. Véase el mapa de U. Schmoll¹⁶ en el que el éuskaro ("Auskisch") se limita a amagar la entrada en territorio hispánico a la altura de los valles de Salazar y Roncal.

5. Acabada esta digresión, acaso demasiado prolija, entro en el examen del epígrafe. No encuentro motivo para disentir de la interpretación general que el editor da de su estructura ni de la lectura que propone, que parece indiscutible:

VM.ME.SA.HARFI
NAR.HVN.GE.SI.A.BI
SVN.HA.RI.FI.LIO
ANN. XXV.T.P.S.S.

Recuerdo brevemente las dudas que pudieran caber, que son pocas: la última I de la línea primera presenta un trazo horizontal hacia la izquierda que podría hacer pensar en una *T* incompleta; en la segunda, parece preferible leer GE que CE, también posible; en la tercera, la *I* de *HA.RI* es segura, a pesar de la rotura que en la fotografía podría inspirar reparos. Nada hay tampoco que decir de la resolución que el Sr. Marcos Pous propone para las siglas.

¹¹ Cf. T. NAVARRO TOMÁS, *Documentos lingüísticos del Alto Aragón* (Nueva York, 1957), página VII s.

¹² Hay una indicación de *gentilitas* de tipo occidental (*Fesine Talaiorum*) en una inscripción de Rocafort.

¹³ B. TARACENA AGUIRRE y L. VÁZQUEZ DE PARGA, *Excavaciones en Navarra I* (Pamplona, 1947), p. 124 ss.

¹⁴ *Zephyrus* 6 (1955), p. 298.

¹⁵ *Bulletin philologique et historique du Comité des Travaux historiques et scientifiques*, 1957, p. 5.

¹⁶ Op. cit., p. 125.



Museo de Navarra.—Lápida romana de Lerga

Salta a la vista que las *hederae distinguentes* no separan palabras, sino más bien, como señala el editor, "grupos silábicos", con alguna excepción en final de línea¹⁷. Este sistema de interpunción, muy revelador en un aspecto, nos priva sin embargo de un elemento esencial de juicio: en cuanto falta el apoyo del latín —es decir, en la parte más interesante de la inscripción—, la división de los nombres habrá de hacerse por criterios extrínsecos, casi podría decirse que etimológicos.

Siendo esto así, es menester determinar primero, al menos provisionalmente, a qué lengua pertenecen los nombres. La cuestión puede plantearse en términos muy concretos: ¿se trata de una lengua indoeuropea o no indoeuropea?

No es difícil, a mi parecer, decidirse por la segunda alternativa. Si no nos basta una simple impresión, consúltese por ejemplo el libro de K. Horst Schmidt *Die Komposition in gallischen Personennamen*¹⁸ o los nombres estudiados por Palomar Lapesa o aquellos para los cuales U. Schmoll propone etimologías indoeuropeas. Y nótese sobre todo que segmentos muy breves, de dos o tres letras, se repiten por estricta necesidad en inscripciones de las lenguas más diversas: la probabilidad de que la coincidencia no se deba a pura casualidad sólo crece, y de manera muy rápida, con la longitud del segmento.

Precisemos con algún detalle presencias y ausencias. La letra *h* se repite tres veces y no aparece sólo entre vocales (o en inicial), sino también en los grupos *rh* y *nh*, rarísimos, si no inexistentes del todo, en cualquier lengua indoeuropea occidental antigua: en celta, en particular, no esperaríamos *h* más que a lo sumo en inicial, en el lugar de una antigua *p*-, como en *Hercynia silua*¹⁹. Los temas en *-ar*, y hay dos en nuestro epígrafe, son una excepción en indoeuropeo occidental, mientras que abundan por el contrario tanto en ibérico (*abar*, *balcar*, *sacar*, *seltar*, etc.)²⁰ como en vasco²¹. Lo que falta en nuestros nombres es también muy significativo: grupos consonánticos tan indoeuropeos como *sp*, *st*, *sk*, *pl*, *pr*, *kl*, *kr*, etc.

No nos debe llevar por un camino errado el paralelo especioso de los nombres en *Hari-*. *Hari-* no es indoeuropeo a secas, sino algo mucho más preciso: un elemento germánico (gót. *harjis*, a.a.ant. *herí*, mod. *Heer* 'ejército'), cuyo equivalente céltico era *korio-* (irl. med. y mod. *cuire* 'multitud', cf. galo *Coriosolites*, *Coriosvelites*, *Petrucorii*, *Tricorii*, etc.)²², y que también habría conser-

¹⁷ Para un sistema distinto, pero relacionado también con la división silábica, vid. M. S. BEELER, *The Venetic Language* (Berkeley, 1949), p. 10 ss.

¹⁸ Tübingen, 1957; separata de *Zeitschrift für celtische Philologie* 26.

¹⁹ J. POKORNY, *Indogermanisches etymologisches Wörterbuch*, p. 822. No se puede saber, naturalmente, si esta *h* y otras responden a la pronunciación o representan un fenómeno que no trasciende de la escritura. En todo caso, no parece justificada la opinión de H. Pedersen (*Vergleichende Grammatik der keltischen Sprachen* I, p. 90 s.) según la cual *h*- representaba todavía en irlandés antiguo un resto de **p*-. Cf. R. THUHNEYSEN, *A Grammar of Old Irish* (Dublin, 1946), p. 19 s.

²⁰ *Vinar-*, mencionado por el Sr. Marcos Pous, se relaciona con el difícil problema del signo Y en la escritura ibérica. En cuanto a la leyenda monetar *uTanbaate*, la interpretación del segundo signo es todavía más oscura: vid. M. LEJEUNE, *Celtibérica* (Salamanca, 1955), p. 53 s.

²¹ Es tan frecuente que dio pie para que V. Bertoldi expresara la idea, tan sugestiva como difícil de probar, de que representan restos de un antiguo sufijo de plural "mediterráneo" (*Mélanges Jacq. Van Ginneken*, París 1937, p. 157 ss). Cf. M. L. WAGNER, *Dizionario etimológico sardo* I, p. 578.

²² POKORNY, *IEW*, p. 615 s., K. HOPST SCHMIDT, op. cit. p. 183 s.

vado la inicial en una lengua de tipo "ilírico"²³. No es necesario decir que lo germánico no tiene por qué ser tenido en cuenta en nuestro caso.

Más difícil es determinar si nuestros nombres muestran mayor afinidad con lo ibérico o con lo aquitano, que se aduce aquí con preferencia al vasco a causa de que su material es no sólo coetáneo, sino además homogéneo, ya que en su mayor parte se reduce a antropónimos y teónimos. La semejanza entre ambas lenguas no se limita a un parecido general, sino que llega a la identidad de algunos temas: *Belex* : *Beles*, *Talsco* : *talscu-*, *-talsco*.

Con todo, la presencia de *h* en nuestra inscripción, y precisamente detrás de sonantes²¹, permite elegir sin vacilación el aquitano. En la escritura llamada ibérica no había signo para *h*, y esta letra no aparece más que excepcionalmente en nombres ibéricos escritos en alfabeto latino. Por otra parte, suponiendo que el segmento *sa.har* forma parte de un mismo nombre, según se intenta probar más adelante, el grupo *aha*, como en general los grupos formados por dos vocales iguales separadas por *h* (cf. aquit. *Dunohorigis*, a pesar de su carácter mixto, *Hahanten*, *Vlohoxis*, etc.) es típicamente aquitano. Más precisamente, es, a pesar de Schuchardt, vasco o éuskaro común.

6. En la primera línea, el Sr. Marcos Pous prefiere separar *Vmmesa Har(i) fi.* o en todo caso *Vm() Mesa Har(i)*. Lo natural me parece dividir *Vmme. Sabar fi.* y voy a tratar de fundamentar por qué.

La abreviación no es un procedimiento cómodo más que cuando el lector, el contemporáneo como el posterior, el allegado como el extraño, puede suplir sin dificultad las letras silenciadas. Así cuando se trataba de expresiones corrientes (como el T. P. S. S. de nuestro ejemplo) y, en la onomástica personal, con *nomina* y *praenomina* latinos, poco abundantes y por consiguiente muy frecuentes. Me cuesta trabajo creer, salvo prueba en contrario, que el procedimiento se aplicara a nombres indígenas tan oscuros como los que comentamos.

Si no hay abreviación, tenemos cuatro sílabas que todo el mundo tenderá a agrupar de dos en dos, aunque no sea más que por la natural inclinación a la simetría²⁵. Y no es solamente la tendencia a la simetría lo que recomienda esta división. Es un hecho que las bases que entran en la composición de los nombres propios ibéricos son generalmente bisílabas y otro tanto puede decirse de las aquitanas. Los temas nominales vascos no susceptibles de análisis son (o han sido) igualmente bisílabos en su gran mayoría. Puede afirmarse pues que ésta es la que podríamos llamar forma canónica de ciertas clases de morfemas léxicos (a diferencia de los sufijos aquitanos monosilábicos) aquitanos e ibéricos que, por su empleo en la formación de antropónimos y por el testimonio del vasco, eran probablemente nominales en sentido amplio.

La composición (unión de dos bases, de dos sílabas cada una) era más frecuente en ibérico que en aquitano, donde abundan los derivados (base bisí-

²³ H. KRAHE, *Die Sprache der Illirier* I (Wiesbaden, 1955), p. 57.

²⁴ Cf. R. LAFON, *Actes du deuxième Congrès International d'Etudes Pyrénéennes* (1956), 8, p. 53 ss., y mi artículo en *Pirineos* 10 (1954), p. 409 ss. Seguramente por casualidad, el grupo *nh* no parece estar documentado en aquitano.

²⁵ Importa subrayar que la vocal final de *Har(i)* ha sido suplida por el editor o, dicho en otras palabras, que no existe. Y, aun cuando se admitiera la corrección del suplemento, esa vocal no formaría parte del nombre, sino que sería tan sólo la desinencia casual latina. Que tal aditamento no era estrictamente indispensable nos lo demuestran entre otros los nombres del bronce de Ascoli.

lábica más sufijo monosilábico): de cualquier modo, nombres propios de una sola sílaba no existen, que yo sepa, en ninguna de las dos lenguas.

Se llega con esto al punto más delicado: ¿la descomposición en *Vmme* y *Sahar* encuentra apoyo en alguna de las lenguas consideradas? La respuesta no puede ser más fácil. Es un hecho que, sin someter a tormento las páginas de ningún diccionario etimológico, es hacedero comprobar que en vascuence *ume* significa 'niño', 'cría' y *zahar* 'viejo'. Son términos que aparecen desde los primeros textos de la lengua y que hoy están en uso en todos los dialectos.

La solución puede parecer demasiado obvia para ser verdadera. Es cierto que existe en lingüística, y más en materia onomástica, una tendencia a rehuir lo que salta a la vista para buscar explicaciones tan complicadas como poco verosímiles. Pero mi escasa experiencia me viene enseñando, como a M. Hercule Poirot, que lo evidente —que por ello mismo es a menudo lo más difícil de ver— vale más que las especulaciones más ingeniosas.

La evidencia es aquí, me apresuro a añadir, exclusivamente formal: si conociéramos el "sentido" o la "falta de sentido" de *Vmme* y *Sahar* en la lengua que consideramos, se podría desechar inmediatamente la hipótesis que defiende o darla por segura.

7. Aunque en la onomástica echamos de menos el control que ofrece el sentido en los textos de una lengua, puede buscarse por lo menos una aproximación: puede mostrarse que es hasta cierto punto plausible que ciertos términos del léxico común sean empleados para designar personas de tal o cual sexo. Pero también es posible hacer algo mejor: presentar casos paralelos relativamente seguros, lo más cercanos que se pueda en el tiempo y en el espacio. Si todo lo posible no es real, todo lo real tiene que ser posible.

A quien piense que es improbable y hasta quizá grotesco que un hombre²⁶ se llamara "Niño" y fuera hijo de "Viejo", se le puede recordar que en aquitano era corriente que hombres y mujeres se llamaran por temas nominales simples o formados de una base nominal más un sufijo de sentido vago, probablemente diminutivo o hipocorístico por lo común: *Andere* coincide con vasc. *andere* 'mujer', 'señora' (cf. *Andere Auria Zaarra*, *Andere Auna Acenariz*, en documento de Leire del año 1085), *Cison* con *gizon* 'hombre', *Nescato* con *neskato* 'muchacha', *Senicco* con *sehi*, *señ* (de **seni*) 'niño'; *Sembus* es al parecer latinización del frecuente *Sembe-*, antecesor sin duda del vasc. *seme* 'hijo'. G. Bähr²⁷ se sorprendía del enorme lugar que tenían las designaciones de parentesco y otras análogas en los antropónimos aquitanos, hecho que, como otro similar en Frisia, atribuía a una cierta falta de imaginación que aquejaba ya a los aquitanos como después había de aquejar a los vascos.

No estará tampoco de más recordar que el testimonio más antiguo de vasc. *ume*, o más exactamente el testimonio más antiguo de que hasta ahora disponíamos, se encuentra en el nombre de un navarro. En un documento del año 1167 sobre las vacadas del monasterio de San Miguel del monte Aralar, bien conocido porque en él se encuentran mencionadas las palabras vascas *una maizter* "mayoral de pastores" y *buruzagui* "mayoral de peones", aparece repe-

²⁶ Lo mismo valdría para una mujer: *ume* como (*h*)*aur* se usa con ambos sexos.

²⁷ *Baskisch und Iberisch* (Bayona, 1948), p. 40 s.

tidamente citado un *Aceari Umea*²⁸, "el hijo de Aznar", si no se prefiere verter literalmente "cría de zorro"²⁹.

Por lo que tiene de semejanza con lo aquitano, menciono también a *Emazteona*, esposa (vasc. *emazte* "mujer, esposa") de Eneco Arçez d'Azterain en un documento navarro de 1189: que el nombre no era ninguna rareza lo demuestra *Emazteona de Guendulain* en el siglo XIII³⁰. Para el segundo elemento, cí. vasc. *on* 'bueno' medieval *Ona*, sobrenombre frecuente en Navarra, y acaso también el aquit. *-bon(n)*, *-pon(n)* en varios nombres. Entre las denominaciones aquitanas y las navarras hay una diferencia importante: el artículo, ausente en aquéllas, presente casi siempre en éstas. A lo que se cree, el artículo vasco no se constituyó, a partir de un demostrativo, sino en fecha relativamente reciente, aunque con anterioridad a los primeros testimonios medievales, paralelamente a lo que ocurrió en las lenguas románicas y algo más lejos en las germánicas.

En cuanto a *Sahar*, *Zaarra* (cf. *Andere Auria Zaarra* arriba) es apellido o sobrenombre frecuente en Navarra y para el caso en toda la zona de habla vasca durante la Edad Media. Lleva por lo general artículo, pero hay también algún ejemplo sin él. Hay que señalar en justicia, sin embargo, que, en cuanto alcanzan mis conocimientos, no va nunca solo, sino siempre siguiendo a un nombre.

8. Nada hay en la forma que se oponga a la aproximación de *Vmme* y *Sahar* a vasc. *ume* y *zahar*. Es un hecho histórico, que se puede demostrar por métodos puramente históricos, que la variante monosilábica *zar*, en uso hoy en parte de la zona de habla vasca, es más reciente que *za(h)ar* y procede de ésta por una contracción regular.

Para los profanos³¹, conviene señalar que nada tiene de extraño que en una inscripción de época romana se represente por *s* el sonido que hoy se escribe *z*. Es poco frecuente que una lengua distinga dos sibilantes por el punto de articulación y menos todavía cuando existe a su lado una chicheante³², y el alfabeto latino no disponía más que de un signo para representar ambas: en aquitano, *x(s)* se reservó para transcribir africadas. Recuérdese por una parte el aquit. *Cison* = *gizon* y por otra que en préstamos antiguos el lat. *s* se ha reproducido por vasc. *z*: *gauza* 'cosa', *zekale* 'centeno', *zela* 'silla (de montar)', etcétera.

Por lo que hace a *ume*, la variante *-kume* que muestran ciertos compuestos (*arkume* 'cordero' de *art-*, *ardí* 'oveja', etc.) ha hecho pensar que tenía antes una oclusiva inicial. Dentro de la hipótesis de que *Vmme* sea su más antiguo testimonio, caben dos explicaciones alternativas, ambas perfectamente posi-

²⁸ P. J. DE MORET, *Investigaciones históricas de las antigüedades del Reyno de Navarra* (Pamplona, 1766), p. 97. J. M. LACARRA, *Vasconia medieval* (San Sebastián, 1957), p. 24, nota 11. J. CARO BAROJA, op. cit., p. 150. Las traducciones de *una maizter* y *buruzagui* son del propio P. Moret.

²⁹ Me inclino a pensar ahora que el nombre vasco del 'zorro' procede del antropónimo *Aceari* (*Acenari*, *Aznar*) y no a la inversa. Vid. J. COROMINAS, *Diccionario crítico etimológico de la lengua castellana* IV, p. 1012 b.

³⁰ S. A. GARCÍA LARRAGUETA, *El gran priorado de Navarra de la Orden de San Juan de Jerusalén* (Pamplona, 1957), II, p. 65 y 109.

³¹ Uso el término sin la menor connotación despectiva: nadie tiene la menor obligación de ser un experto en lingüística o en topología.

³² Cf. M. Joos, *Language* 28 (1952), p. 224.

bles: (a) que la inicial de la forma de composición no sea primitiva, sino secundaria, y (b) que la oclusiva inicial hubiera caído, al menos dialectalmente, antes de los siglos II-III de nuestra era.

Sorprende la grafía geminada de la *m*. En aquitano la geminación se da sobre todo en las letras *nn* (que marca regularmente que la nasal es final del tema y no un artificio para obtener una declinación del tipo *carbo*, *carbonis*, *ce* y *tt*. *M* no es letra frecuente³³, por lo que he llegado a sugerir, apoyándome también en los hechos ibéricos, que el vasco antiguo, en un estudio suficientemente remoto, carecía de *m* como fonema independiente. Como el aquit. demuestra que el vasc. *seme* 'hijo' procede de *senbe*, fonéticamente [sembe], podría pensarse en **unbe* como antecedente de *ume*, con una fase intermedia [umme]³⁴.

9. Tengo mucho menos que decir acerca de las líneas 2.^a y 3.^a de la inscripción. Opino, sin embargo, que, si es materia de explicaciones se debe anteponer lo sencillo a lo complicado en igualdad de condiciones, es mejor ver en ellas dos nombres y no tres: si el dedicante va indicado por un nombre seguido de la filiación, se espera a priori lo mismo de la designación del dedicado. El esquema sería, pues, N. hijo de N. a N. hijo de N.

Con dos nombres, tendremos *Narhungesi Abisunhari filio*, cuyas *ii* representarán con la máxima probabilidad desinencias casuales latinas añadidas al nombre indígena: *Narhunges*, *Abisunhar*. Aunque inexplicados para mí³⁵, no sorprenderían por la forma si hubieran sido hallados en una inscripción de Comminges o de Arán.

Los paralelos que puedo presentar son parciales y vagos. Si en CIL XIII, 188, se pudiera leer *Narhonsus* el nombre del dedicante en vez de *Arhonsus*, como sugirió Seymour de Ricci³⁶, la aproximación *Narhon-* : *Narhun-* resultaría excelente. La terminación *-ges* se repite en el nombre *Enneges* o *Enneces* (*Elandus Enneges f.*) del padre de un soldado de Segia de la Turma Salluitana: cf. acaso el aquit. *Ennebox* y el medieval *Enneco*³⁷.

Si la *-i* de *Narhungesi* fuera radical, hipótesis no demasiado probable, su parte final coincidiría, como señala el Sr. Marcos Pous, con el vasc. *gezi* 'dardo', continuador de un término indoeuropeo atestiguado en diversas lenguas³⁸ y frecuente en la onomástica céltica y germánica³⁹, donde aparece no sólo como primer miembro, sino también como elemento final: *Radagaisus*, etc. y los mismos nombres escandinavos modernos en *-geir* (cf. isl. ant. *geirr* 'dardo').

No está claro si *gezi*, cuya *-i* es en todo caso anómala, procede directamente de una lengua céltica o si ha sido tomado del latín, rodeo que han segui-

³³ Aunque, como ha señalado Lafon, tal vez lo sea más de lo que yo había admitido.

³⁴ Una posible relación de la geminación gráfica aquitana con la que se encuentra en antropónimos renanos, ligada quizá al acento, sugiere L. Weisgerber en las Actas del 6.º Congreso Internacional de Ciencias Onomásticas, I (Munich, 1960), p. 103.

³⁵ En algún dialecto vasco, *zunbar*, exactamente así, es 'olmo': en otros *zu(h)ar*, *zugar*, *zurriar*, todos al parecer de **zunar*. Pero un nombre de árbol sería único en la antroponimia vasco-aquitana, en cuanto alcanzan mis conocimientos.

³⁶ *Revue Celtique* 24 (1903), p. 77.

³⁷ Para la sílaba inicial el editor aduce con razón el dat. *Narueni* en una inscripción navarra de procedencia desconocida.

³⁸ POKORNY, IEW, p. 410.

³⁹ K. HORST SCHMID, op. cit., p. 214 s. Me parece mucho más prudente dejar a un lado a *Caesarus*, etc., y más todavía a *Caeso*.

do con seguridad otros celtismos vascos. La e —en vez de *ai*— de la primera sílaba favorecería la idea de una mediación latina, si se pudiera excluir la posibilidad de una monoptongación temprana en algunas hablas célticas⁴⁰.

A propósito de esto, es conveniente subrayar, aunque nos apartemos del tema, que la aportación indoeuropea prelatina al léxico vasco, bien analizada, es muchísimo menor de lo que se esperaría por consideraciones geográficas e históricas, y por el testimonio de la onomástica. Pues no se trata tan sólo de los antropónimos a que ya se ha aludido, sino que también la toponimia presenta nombres indoeuropeos en plena zona de habla vasca: *Ulzama*, p. ej., *U(t)gama* o *U(t)zama* en documentos medievales, puede muy bien no ser otra cosa que un *Uxama*, de donde *Osma* en zona romanizada. Las aproximaciones posibles, si se excluye lo que ha venido a través del latín o del romance, son por lo general vagas, ambiguas o poco satisfactorias por distintas razones, como espero mostrar en otra ocasión.

10. Para resumir mi opinión, la estela de Lerga constituye un indicio, pero un indicio inconfundible, de la tenacidad con que se mantuvieron las viejas hablas en la proximidad del Pirineo. Su interpretación podrá ser confirmada o desmentida por nuevos materiales, y es de desear que el suelo navarro, rico en muchos conceptos, nos depare nuevos hallazgos sin tardar mucho.

El estado lingüístico de la región pirenaica en los siglos de la Edad Media e incluso de la Moderna demuestran claramente que, hasta tiempos recientes la cordillera fue más bien un lazo de unión que una barrera: el baztanés es una prolongación del labortano, el roncalés y el suletino fueron un dialecto único en tiempos no demasiado alejados, notables semejanzas unen al bearnés con el alto aragonés y el dominio catalán está a horcajadas sobre los Pirineos. Nada tiene de particular que esto mismo ocurriera ya en época romana y aun en tiempos anteriores⁴¹.

Para la reconstrucción del protovasco, dentro siempre de la interpretación que aquí se defiende, el testimonio de la inscripción de Lerga es de la mayor importancia con respecto a una cuestión muy debatida. Confirma la idea de que en un tiempo *h* fue un sonido común, y no exclusivamente ultrapirenaico. Existía además no solamente en posición inicial y entre vocales, sino también detrás de *n* y *r* (es de suponer que también tras *l*), y los grupos *nh*, *rh* se pronunciaban como "groupes disjoints"⁴², es decir, como grupos heterosilábicos. Siempre es conveniente que el pasado de una lengua se pueda establecer con hechos, mejor que con teorías.

Luis MICHELENA.

⁴⁰ Cf. K. JACKSON, *Language and History in Early Britain* (Edimburgo, 1956), p. 324 ss.

⁴¹ Para la extensión antigua hacia el este de hablas de tipo éuskaró al sur de los Pirineos, vid. J. COROMINAS, en las Actas del 6.º Congreso Int. de Ciencias Onomásticas, ya citadas, p. 105 ss.

⁴² Expresión de Grammont, aplicada a nuestro caso por R. Lafon.